

Revista de la CEPAL

Director

RAUL PREBISCH

Secretario Técnico

ADOLFO GURRIERI

Editor

GREGORIO WEINBERG



NACIONES UNIDAS
COMISION ECONOMICA PARA AMERICA LATINA
SANTIAGO DE CHILE / DICIEMBRE DE 1980

SUMARIO

Nota de la Dirección	7
Los actuales estilos de desarrollo y los problemas del medio ambiente. <i>Mostafá K. Tolba</i>	9
La interacción entre los estilos de desarrollo y el medio ambiente en América Latina <i>Oswaldo Sunkel</i>	17
Comentarios sobre el artículo "La interacción entre los estilos de desarrollo y medio ambiente en América Latina" Comentario de Aníbal Pinto Comentario de Jorge Sábato Comentario de Gabriel Valdés Comentario de Jorge Wilhelm	55
Biosfera y desarrollo <i>Raúl Prebisch</i>	73
El ambiente en la palestra política <i>Marshall Wolfe</i>	89
Estrategias de desarrollo con requerimientos energéticos moderados Problemas y enfoques <i>Ignacy Sachs</i>	107
Perspectivas de desarrollo y medio ambiente: el caso de Brasil <i>Fernando Henrique Cardoso</i>	115
La dimensión ambiental en el desarrollo agrícola de América Latina <i>Nicolo Gligo</i>	133
Factores ambientales, crisis de los centros y cambio en las relaciones internacionales de los países periféricos <i>Luciano Tomassini</i>	149
Comentarios sobre el capitalismo periférico y su transformación Comentario de Lucio Geller Comentario de José Ibarra Comentario de Pedro Vusković	179

Biosfera y desarrollo

*Raúl Prebisch**

En algunos de sus recientes trabajos—en especial los aparecidos en los números 6 y 10 de esta *Revista*— el autor ha procurado describir los principales elementos y relaciones que caracterizan la estructura del capitalismo periférico, poner en evidencia los conflictos fundamentales que va generando en su despliegue y esbozar los lineamientos que deberían orientar su transformación.

Desde un punto de vista socioeconómico el núcleo esencial de ese sistema radica en la forma que asume la acumulación de capital y la distribución del ingreso y sus relaciones, que producen diversas consecuencias negativas, entre las que destacan la insuficiencia dinámica y la inequidad distributiva. Los problemas relativos al medio ambiente que han adquirido una notoriedad relativamente reciente, tales como la depredación de los recursos naturales, la contaminación de la atmósfera y del agua y la congestión urbana, son consecuencia del propio dinamismo del sistema, tanto en los centros como en la periferia, y de su escasa capacidad para preverlos y enfrentarlos a tiempo. Asimismo, han contribuido a agudizar problemas ya existentes y a generar otros nuevos, complicando de manera considerable el panorama de las próximas décadas.

De todos modos, ellos han dejado a la periferia una gran enseñanza en tanto han ayudado a disipar la ilusión de que ella podía desarrollarse a imagen y semejanza de los centros; una vez más, la imposición de los hechos la obligará a buscar de manera autónoma su propio camino.

*Director de la *Revista de la CEPAL*.

1. Los problemas de la biosfera en el capitalismo

Es posible ahora ver más claro que antes en el desarrollo capitalista de los centros. El extraordinario impulso de los últimos decenios hasta tiempos recientes no es sólo consecuencia de un impresionante adelanto técnico, sino también de la explotación irracional de recursos naturales, sobre todo del recurso energético que, a su vez, ha influido notablemente en la orientación de la técnica. Ha habido, pues, en el funcionamiento del sistema un elemento de falsedad de muy dramáticas consecuencias mundiales.

En todo ello ha sido de importancia decisiva el poder hegemónico de los centros en la periferia de la economía mundial, sobre todo el de Estados Unidos, el principal centro dinámico del capitalismo. Los países exportadores de petróleo carecían de poder para contrarrestar esa hegemonía, si bien de tiempo atrás tenían clara noción de que este recurso de su subsuelo se estaba malbaratando; pero hubieran encontrado grandes resistencias en cualquier empeño por contener esta explotación desorbitada a pesar de su preocupación por el agotamiento de este valioso recurso. Este hecho se venía percibiendo desde hace varios decenios. Pero los países exportadores no pudieron tomar medidas para disminuir el ritmo del consumo; hubieran encontrado una oposición invencible, dado el poder de los grandes centros y sus empresas transnacionales. El distinguido economista Hollis Chenery, vicepresidente del Banco Mundial, sostuvo en un artículo publicado poco después del alza inicial del petróleo que si los precios se hubieran elevado gradualmente, ante la evidencia de que este recurso no era ilimitado, el sistema económico mundial se hubiera adaptado sin mayores trastornos a este indispensable reajuste.¹ Pero no funciona así el sistema, y los países exportadores sólo pudieron restringir concertadamente el crecimiento de la producción en una coyuntura internacional que les permitió adquirir poder y enfrentar el poder de los centros.

¹Dicho de otro modo, las principales consecuencias del cambio en la política de precios de la OPEP provienen más de la forma repentina en que se produjo, que de su magnitud. Si el precio del petróleo hubiese alcanzado su actual nivel por un aumento anual de 3% de su precio relativo durante los últimos 25 años, los ajustes necesarios

Si bien se reflexiona, la irracionalidad en la explotación del recurso energético se ha propagado a todo el sistema. El bajo costo del petróleo ha influido considerablemente en la investigación tecnológica orientándola hacia formas en extremo abusivas de empleo de este bien agotable y también de otros recursos naturales y todo ello alentado por la distribución desigual del fruto de la creciente productividad de la técnica, dada la índole de la estructura social y de sus mutaciones.

Pero no se trata de eso solamente. La investigación tecnológica, hasta tiempos recientes, no se había preocupado por los efectos adversos de la técnica sobre el medio ambiente.

Son pues muy graves las consecuencias del desarrollo sobre la biosfera: la depredación de recursos naturales agotables, sobre todo del recurso energético, y los fenómenos de contaminación de la atmósfera, los ríos y los mares, así como el deterioro de recursos naturales que, a pesar de su carácter renovable, no están exentos de los efectos adversos de la técnica. Trátase de hechos muy notorios, a los cuales cabe añadir los posibles y muy graves efectos sobre el clima de la creciente emanación del dióxido de carbono en la atmósfera.

Tal es la ambivalencia de la técnica: su enorme contribución al bienestar humano, gracias al aumento incesante de la productividad, y, a la vez, sus graves consecuencias sobre la biosfera.

Filósofos y humanistas se vienen ocupando desde hace tiempo de las consecuencias psicosociales de la técnica; pero en cambio los

para absorber tal aumento poco habrían influido sobre el crecimiento mundial y hasta habrían sido en cierta medida beneficiosos por cuanto hubieran orientado el comportamiento y los esfuerzos tecnológicos hacia el uso más eficiente de la energía. En vez de ello, el abaratamiento progresivo del petróleo a lo largo de 20 años provocó el derroche en su uso —sobre todo en los Estados Unidos— e hizo que se aplazara la búsqueda de otras fuentes de energía. Ahora nos encontramos ante la necesidad de cambios acelerados en las modalidades de consumo y de grandes inversiones para desarrollar fuentes de energía al margen de la OPEP, que se suman al financiamiento del costo de las importaciones de las que no se puede prescindir. Hollis B. Chenery, "Restructuring the World Economy", en *World Development*, volumen 2, N.º 10-12, octubre-diciembre de 1974, pp. 1-9.

economistas han sido generalmente renuentes a insertar su ambivalencia en la interpretación de los fenómenos del desarrollo. La han considerado elemento exógeno, como a los elementos políticos, sociales y culturales de la realidad. Preocupados por una peculiar asepsia doctrinaria, se han resistido a la inserción de estos elementos y de las mutuas relaciones que existen entre ellos en la dinámica del desarrollo.

Procuraremos en estas páginas insertar esos fenómenos de la técnica en el proceso de desarrollo. Desde luego, las grandes contradicciones de su ambivalencia escapan a la así llamada acción reguladora de las leyes del mercado: exigen para contrarrestarlas una acción deliberada. Frente a ellas: ¿podría seguirse afirmando que el juego irrestricto de las fuerzas del mercado lleva a la asignación correcta y eficaz de los recursos productivos? No niego, desde luego, la importancia del mercado. Pero tras el mercado hay estructuras que pervierten su funcionamiento.

Esa acción deliberada exige ineludiblemente introducir grandes reajustes en el funcionamiento del sistema. Se trata de reajustes de suyo muy importantes; pero su necesidad se agrega a la de corregir los trastornos de considerable significación que venían ocurriendo antes de este planteamiento de los problemas de la biosfera. Unos y otros son trastornos profundos en el funcionamiento del sistema. Van mucho más allá de los precios de la energía cuyos efectos acentúan la espiral inflacionaria que ya se desenvolvía con impresionante amplitud.

En verdad, la crisis de la energía y los demás problemas de la biosfera no podrán enfrentarse sin nuevas orientaciones en la investigación tecnológica y exigirán a la vez un esfuerzo considerable de acumulación de capital que sólo podrá realizarse a expensas del consumo o de su crecimiento: problema político de la mayor importancia. Comenzaremos por lo primero, para abordar después el reajuste del consumo.

2. La irracionalidad energética y la investigación tecnológica

La extracción irracional del recurso energético y su empleo abusivo, gracias a su baratura,

como antes se dijo, ha orientado la investigación tecnológica hacia formas que han contribuido, por un lado, a una mayor irracionalidad en todo el ámbito del sistema, y por otro, al deterioro del medio ambiente. He aquí las principales:

— Se ha desviado la investigación de otras fuentes de energía que ya se conocían, pero no había interés económico en desarrollar debido a los bajos precios del petróleo. Me refiero especialmente a la destilación del carbón y a la producción de gas o combustible líquido con recursos agrícolas o forestales; también se ha descuidado la energía solar. Ahora se están impulsando las investigaciones pertinentes teniendo en cuenta la necesidad de preservar el medio ambiente. Esto último es también objeto de gran preocupación tecnológica en materia de energía nuclear.

— No se han realizado suficientes investigaciones tendientes a economizar energía, las que han adquirido importancia a raíz de la crisis del petróleo con resultados muy positivos, tanto en la producción industrial como en el transporte automotor. Por ejemplo, la Ford ha llegado a producir un nuevo motor (el Proco) que reduce a la vez el consumo de gasolina y la contaminación del medio ambiente. ¿Por qué no se hizo antes esta innovación? La investigación tecnológica hasta ahora se había dedicado más bien a producir vehículos de gran peso e intenso consumo de energía para aumentar su potencia, mientras se limitaba la velocidad en las grandes rutas.

— La investigación tecnológica ha logrado la sustitución de fibras naturales y de la madera por material sintético y plástico, gracias a la baratura de la energía. Todo ello en detrimento del empleo de la fuerza de trabajo, especialmente en los países en desarrollo. Tampoco se ha orientado la investigación hacia el mejoramiento de las condiciones del producto natural.

— En materia agrícola el bajo costo del petróleo trajo consigo la segunda revolución tecnológica al decir del Dr. Sauma, Director General de la FAO.² Fue la revolución de la mecanización y del empleo de abonos y pesti-

cidas de origen petroquímico. La primera consistió mucho tiempo atrás en una revolución de nuevos procedimientos biológicos, cuyo desenvolvimiento ulterior perdió el gran impulso que pudo haber adquirido si no se hubiese tenido petróleo barato. Pues bien, según el Dr. Sauma, asistimos ahora a una tercera revolución que es precisamente de carácter biológico o que permitirá combinar sus enseñanzas con las de la segunda revolución.

Parecería haber grandes posibilidades de aumentar los rendimientos utilizando procedimientos biológicos; así por ejemplo, el empleo de microorganismos para fijar el nitrógeno en las plantas. Este y otros procedimientos, además, posibilitarán un mayor empleo de mano de obra en la tierra mejorando los rendimientos por hectárea y por hombre. ¡Hay que hacer trabajar los microbios aprovechando ésta y otras posibilidades biológicas! ¡Como así también a los insectos!³

No cabría negar las grandes ventajas de la mecanización. Pero en la periferia han sido exageradas, en desmedro de la ocupación y no han provocado aumentos de rendimientos por hectárea, sino por hombre. Se las ha exagerado no solamente a consecuencia de los bajos precios del petróleo, sino también porque el interés privado de los empresarios agrícolas —sobre todo el de los grandes— los empuja a la mecanización sin que el sistema pueda absorber toda la fuerza de trabajo que así se elimina: una parte importante queda redundante en los campos o desplaza su redundancia hacia las ciudades. En la medida en que ello ocurre, tratase de un verdadero desperdicio de fuerza de trabajo y de capital.

—En esta misma materia agrícola la investigación tecnológica ha tenido mucho menos interés en lo que concierne a las tierras tropicales que con respecto a las tierras de zonas templadas donde se ha concentrado el progreso técnico. Se afirma que en América Latina el

llo, realizado en Estocolmo, entre el 6 y el 14 de agosto de 1979.

³El *New York Times*, del 18 de agosto del presente año, informa que en China se está desarrollando la crianza de ciertas arañas que cumplen el mismo papel que los insecticidas petroquímicos, sin efectos ecológicos adversos.

²Véase su reciente exposición en el simposio organizado por las Naciones Unidas y el gobierno sueco acerca de los recursos, el medio ambiente, la población y el desarro-

90% por ciento de las posibilidades de expansión de la superficie agrícola se encuentra en estas tierras; y muy poco se ha investigado, sin embargo, sobre el uso de los suelos, los cultivos más adecuados y su preservación en el caso de las tierras tropicales. En verdad, se trata, salvo algunos productos importantes en el comercio mundial, de una agricultura de pobres. Y no obstante, el número creciente de pobres en el mundo, el juego de las leyes del mercado no provoca demanda suficiente para estimular el progreso técnico.

No bastaría, sin embargo, dar gran impulso a la investigación tecnológica para atacar este grave problema humano. En buena hora ha surgido en los medios internacionales la preocupación por la agricultura de los pobres, pero este problema no podría resolverse fuera del contexto del desarrollo; no podría resolverse sin acelerar el crecimiento del producto y modificar su composición.

— Por último, el considerable aumento de la productividad, basado en gran parte en los bajos precios del petróleo, ha tenido gran influencia en la investigación tecnológica orientada a la diversificación cada vez mayor de bienes y servicios, por lo general con desperdicio de energía y otros recursos. Una parte creciente de la acumulación de capital ha respondido a esta diversificación; este capital no aumenta la productividad, sino la eficacia de los bienes y su aptitud para responder a consideraciones de emulación y jerarquía social. Se trata de capital consuntivo y no reproductivo. Si su acumulación —tanto en la órbita de la actividad privada como en la del Estado— sobrepasa ciertos límites, ello incide desfavorablemente sobre la acumulación de capital reproductivo en detrimento del ritmo de productividad.

No podría comprenderse cabalmente la índole de este proceso si no se toman en cuenta las grandes desigualdades en la distribución del ingreso. Y esto conviene explicarlo siquiera brevemente.

3. *Diversificación incesante de bienes y servicios*

Durante las primeras fases del desarrollo histórico del capitalismo el poder de los estratos superiores de la estructura social que concen-

traban una fuerte proporción de los medios productivos les permitió apropiarse de la mayor parte de los frutos del progreso técnico. De todos modos, en fases posteriores del desarrollo capitalista la fuerza de trabajo fue adquiriendo creciente capacidad redistributiva, y en el curso de las mutaciones estructurales se fortaleció su poder para compartir con los estratos superiores el fruto de la mayor productividad, tanto en forma espontánea por el juego de las fuerzas del mercado como por su creciente organización sindical y gravitación política cuando dichas fuerzas no permitían hacerlo. Poder sindical para aumentar sus remuneraciones, poder político para conseguir del Estado oportunidades de empleo y servicios sociales.

Ahora bien, el aumento continuo de la productividad ha permitido a los estratos superiores mantener una elevada proporción en la distribución del ingreso, y esto a pesar de dicho crecimiento del poder redistributivo de la fuerza de trabajo.

El aumento persistente del ingreso y esta desigualdad distributiva han contribuido notablemente a que la investigación tecnológica, según ya se destacó, se orientara a la diversificación incesante de bienes y servicios basada en el empleo intensivo de energía y otros recursos no renovables. Gracias a esta diversificación (amparada por combinaciones oligopólicas de las empresas) se pudo alentar la demanda y captar el ingreso de los estratos desfavorecidos.

Al difundirse hacia abajo el fruto del progreso técnico, nuevos estratos sociales pudieron participar progresivamente en este proceso de diversificación, si bien con grandes desigualdades, en tanto que nuevas modalidades de consumo seguían estimulando la demanda de los estratos superiores. Proceso por el cual, a medida que se difunden los efectos positivos del desarrollo, se acentúan sus consecuencias adversas sobre la biosfera.

Tal es la dinámica de la sociedad consumista en el centro principal del capitalismo, de donde se propaga a los otros centros —que contribuyen a este fenómeno— y a una periferia que se empeña cada vez más en imitar estas pautas de consumo en detrimento de la equidad social del desarrollo, como se verá más adelante. Agrávase allí el fenómeno de inequi-

dad con las consecuencias del extraordinario crecimiento de la población periférica: otra manifestación de la ambivalencia de la técnica que defiende y prolonga la vida humana en una estructura social muy diferente a la de los países de donde ha surgido esa técnica.

A su vez el portentoso desenvolvimiento de técnicas masivas de difusión social ha contribuido poderosamente a exaltar la sociedad de consumo. También aquí presenciamos la ambivalencia de la técnica; nadie podrá negar la notoria contribución de esas técnicas al bienestar humano, pero sus efectos perniciosos son cada vez más evidentes en la manipulación continua de la así llamada "soberanía del consumidor".

Trátase de cambios culturales muy importantes que el adelanto de la técnica trae consigo. No sólo se trata de los problemas de la degradación de la biosfera, sino también de los valores humanos, del desplazamiento de valores esenciales por el predominio del valor del consumo. Agentes poderosos de la expansión de los mercados, aquellas técnicas masivas están malogrando su enorme potencial de información objetiva, de esclarecimiento de los nuevos fenómenos de la vida colectiva y, sobre todo, de sus ingentes posibilidades de enriquecimiento cultural.

Hay otro aspecto muy significativo de la desigualdad social del capitalismo que tampoco podríamos omitir aquí. Me pregunto si se habría dado la congestión impresionante de las ciudades y la espantosa contaminación del medio ambiente si el fruto del progreso técnico se hubiera difundido en toda la colectividad por el aumento de los ingresos o la baja de los precios, como lo habían imaginado los economistas neoclásicos. No cabe duda que las exigencias de la técnica requieren un cierto grado de concentración urbana, también impulsada por factores históricos y políticos; pero la forma inicial de distribución del ingreso que caracteriza el desarrollo capitalista imprime mayor impulso a este fenómeno. En efecto, el incremento del ingreso es apropiado, en una u otra forma, por los estratos superiores y origina un aumento de la demanda y la producción diversificada de bienes y servicios con el consiguiente acrecentamiento de la ocupación. Acrecentamiento que se cumple en buena parte atrayendo fuerza

de trabajo de los campos, pues la demanda de productos agrícolas, como bien se sabe, se desenvuelve con mucho menor intensidad que la de los bienes industriales producidos en las ciudades. Ha habido pues una tendencia hacia la centralización de la demanda y el empleo que no se hubiera registrado con las mismas dimensiones de haberse difundido en otra forma los frutos del progreso técnico.

Son las grandes ciudades de la contaminación, de la congestión frenética del tránsito, son las grandes ciudades deshumanizadas de donde desaparecen los núcleos de convivencia arrastrados por la especialización funcional de la actividad urbana. No ha sido ajeno a ellos el automóvil en el cual también se revela notoriamente la ambivalencia de la técnica.

4. *Cambios en la composición del capital y ritmo de productividad*

Como se expresó más arriba, en el crecimiento de la productividad ha existido un verdadero falseamiento debido a la depredación de las fuentes energéticas y al deterioro del medio ambiente. La corrección progresiva de este falseamiento requiere una considerable acumulación de capital, tanto para economizar energía y explotar nuevas fuentes, como para evitar la contaminación.

Se trata de una acumulación de gran utilidad social pero que no va a traducirse en aquellos aumentos incesantes de productividad económica que caracterizaron el desarrollo del capitalismo, sobre todo en su centro dinámico principal. Así pues, irá cambiando la composición del capital, esto es, aumentando la proporción del capital orientado a la protección de la biosfera, por decirlo así, y disminuyendo la proporción de capital destinado a acrecentar la productividad económica. Este cambio de composición de capital tiene necesariamente que traer consigo una reducción del ritmo de aumento de la productividad media del sistema, y por tanto, del producto global.

Es evidente que si se aumentara la proporción del producto global destinado a la acumulación —y no sólo se cambiara la composición del capital, como antes se dijo— habría que comprimir más fuertemente el ritmo del consumo. Habría que hacerlo ineludiblemente en

un período de transición, durante el cual el ritmo del consumo sería inferior al ritmo de acumulación. Después de este período, sin embargo, ambos ritmos podrían igualarse; ahora bien, téngase presente que, en todo caso, el grado de eficacia en las medidas de ahorro en energía tendrá gran influencia en el crecimiento del producto.

Es precisamente durante este período de transición cuando tendrán que introducirse aquellos grandes reajustes impuestos por la crisis del petróleo y la preservación del medio ambiente. Período tanto más difícil cuanto que en los Estados Unidos ya se estaba dando una disminución de la productividad media que es objeto de gran preocupación. Diversas explicaciones se ofrecen de este hecho, pero supongo que tiene gran influencia otro cambio muy importante en la composición del capital; no me refiere sólo al capital consuntivo que responde a la creciente diversificación de bienes y servicios, sino también a la ingente acumulación que requiere la fabricación de armamentos. Cualquiera que fuere su significación para la defensa nacional, es evidente que este capital contribuye a la disminución de la productividad media en el conjunto de la economía, si bien es cierto que las investigaciones tecnológicas en materia de defensa nacional han tenido ponderable influencia en el incremento de la productividad del sistema.

Volviendo ahora al ritmo del consumo, cabe reconocer que los economistas neoclásicos preconizan medidas muy claras y simples para conseguirlo; así el Premio Nobel Milton Friedman nos viene diciendo en sus artículos⁴ que hay que elevar sin contemplaciones el precio del petróleo producido en los Estados Unidos equiparándolo al importado, a fin de lograr dos objetivos simultáneos: disminuir el consumo y brindar a las empresas los medios financieros necesarios para desenvolver nuevas fuentes energéticas.

Examinemos la significación de esta idea que cautiva, desde luego, a las transnacionales petroleras; y significa una enorme redistribución regresiva del ingreso. Si se eliminan los controles actuales, la fuerza de trabajo no sola-

mente tendrá que pagar el aumento del precio del petróleo importado, sino también el del petróleo originario de los Estados Unidos. ¿Pero por qué las ganancias extraordinarias que esto último traería aparejado irán a aumentar la concentración de la riqueza en los estratos superiores de la estructura social?

Es claro que el alza de los precios se impone para restringir el consumo y alentar el desenvolvimiento de otras formas de energía. Es claro también que se necesita ineludiblemente sustituir importaciones de petróleo por el desenvolvimiento de otras formas de energía y reducir las extravagancias del consumo. Pero lo que no aparece tan claro es que para lograr la acumulación necesaria tenga que comprimirse el consumo de la mayor parte de la población, a fin de acumular y acrecentar el capital de los estratos superiores. ¿Se recurrirá también al mismo procedimiento para realizar las grandes inversiones requeridas por la preservación del medio ambiente?

La fuerza de trabajo se resiste a admitirlo. Ha adquirido un poder sindical y político que le permite resarcirse del alza de los precios mediante la elevación de sus remuneraciones. Bien sabemos, sin embargo, que esto no permite resolver el problema. El desenlace es la espiral inflacionaria, más bien dicho, la acentuación de la espiral que ya se venía desarrollando en el sistema.

En realidad, los mecanismos de distribución del fruto del progreso técnico y de acumulación de capital se han vuelto obsoletos. Respondían muy bien al poder hegemónico de los centros sobre la periferia y especialmente sobre los países productores de petróleo que ahora han adquirido un poder considerable. Y respondían asimismo al poder hegemónico interno de quienes concentran en sus manos la mayor parte de los medios productivos y de quienes están estrechamente vinculados a ellos en los estratos superiores. Pero a ese poder se contraponen cada vez más el poder sindical y político de la fuerza de trabajo. Y el sistema no tiene otra salida, dados esos mecanismos, que la espiral inflacionaria; una espiral que escapa a los cánones de la ortodoxia fiscal y monetaria.

Tal es la crisis del capitalismo, sobre todo en el centro dinámico principal. Crisis que va a agravar las enormes dificultades que ya venía

⁴Publicados en *Newsweek*.

experimentando el capitalismo periférico, mucho antes del alza del petróleo.

No olvidemos, sin embargo, que el capitalismo no es aquel caballo cansado que en su euforia imaginaba Nikita Krushev. Tiene un gran empuje, una considerable fuerza creadora impulsada por continuas innovaciones tecnológicas, que en parte se han originado en la investigación realizada con fines espaciales y militares. Más aún, hay innovaciones que apenas han comenzado a aplicarse, como la introducción de la electrónica a los procesos productivos. La difusión de éstas y otras técnicas podría elevar el ritmo de aumento de la productividad y compensar en esta forma, o acaso superar con el andar del tiempo, las consecuencias adversas del reajuste del sistema.

Sin embargo, ello no podría ocurrir mientras no se logren resultados concretos en la economía de la energía y en el desenvolvimiento de sucedáneos. Nunca se había dado antes un freno tan poderoso al desarrollo capitalista.

He procurado insertar estos fenómenos en una visión de conjunto, muy escueta por cierto, y he debido hacer afirmaciones cuya significación no podría comprenderse sin una explicación de la forma como funciona el mecanismo de acumulación y distribución del sistema. Es lo que me propongo abordar ahora: aventura un tanto arriesgada, pues empleo instrumentos de análisis similares a los que he venido usando en mi crítica al capitalismo periférico. Y acaso incurra en serias equivocaciones al pretender interpretar estas vicisitudes del capitalismo desarrollado a través del prisma de la periferia, equivocaciones acaso menores que las que cometen ciertos economistas de los centros al dictaminar sobre los fenómenos de la periferia. En realidad, no podríamos esclarecer los problemas que están surgiendo en ella sin este esfuerzo por interpretar los graves problemas que, por su propia dinámica, han surgido en el desenvolvimiento del centro dinámico principal.

5. Los mecanismos de acumulación y distribución y la crisis del capitalismo

Partiré del concepto de excedente económico. Es la parte del fruto del progreso técnico —de sucesivos aumentos de productividad— que queda en poder de los propietarios de los me-

dios productivos, sobre todo de quienes concentran la mayor proporción de los mismos en los estratos superiores de la estructura social. El excedente se manifiesta en la ganancia de las empresas; si bien hay ciertas diferencias entre ambos conceptos, podríamos prescindir de ellas en este trabajo.

Se trata de un fenómeno esencialmente estructural en el desarrollo capitalista, y procuraré explicarlo en forma escueta. El desarrollo requiere acrecentar continuamente la acumulación de capital reproductivo, a fin de aumentar la ocupación de fuerza de trabajo —en su sentido más amplio— con técnicas de creciente productividad. En este proceso hay un fenómeno característico de competencia regresiva, sobre todo durante las primeras fases del desarrollo: gran parte de la fuerza de trabajo que se emplea no tiene capacidad espontánea en el juego del mercado para aumentar sus remuneraciones correlativamente a la mayor productividad, pues se lo impide la competencia de la fuerza de trabajo que queda empleada en capas técnicas precedentes de inferior productividad o que se encuentra desocupada. Sólo tienen esa capacidad espontánea de participar en el fruto aquellos miembros de la fuerza de trabajo que disponen de las calificaciones cada vez mayores exigidas por el adelanto de la técnica (sobre todo los ejecutivos de las grandes empresas).

En fases ulteriores del desarrollo capitalista de los centros, y conforme ocurren mutaciones en su estructura social, han sobrevenido tres fenómenos que fortalecen la capacidad de participación de la fuerza de trabajo en el fruto de la creciente productividad:

- aumento de la proporción de la fuerza de trabajo con aquellas crecientes calificaciones;
- disminución progresiva de la fuerza de trabajo en capas de inferior productividad (proceso de homogeneización de la técnica);
- creciente poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Asimismo, el Estado tiende a participar cada vez más en el fruto del progreso técnico para satisfacer el crecimiento de sus servicios, tanto los sociales como los generales y de defensa nacional. Para estos servicios el Estado emplea directamente fuerza de trabajo o lo hace indirectamente insumiendo bienes y servicios que

la fuerza de trabajo produce y no son necesarios para el desenvolvimiento de sus funciones. Y para que todo ello pueda cumplirse regularmente es indispensable que la productividad crezca en forma continua.

El excedente está pues sujeto a dos movimientos opuestos. Por un lado, aumenta por ese crecimiento de la productividad y, por el otro, disminuye por la participación en su cuantía de la fuerza de trabajo, gracias a su poder sindical y político, y por el crecimiento de los servicios del Estado.

En la dinámica del desarrollo se ejercen en esta forma dos grandes presiones sobre el excedente: la de la fuerza de trabajo y la del Estado. El desenvolvimiento regular del sistema requiere que haya compatibilidad entre esas dos grandes presiones entre sí y entre ellas y el crecimiento continuo del excedente, gracias a aumentos sucesivos de productividad.

No hay nada en la fase avanzada en que se encuentra el sistema en los centros que tienda a conseguir tales relaciones de compatibilidad, ni aun antes de que en el centro principal los gastos de defensa nacional hubieran contribuido a la inflación.

Reflexiónese además sobre el hecho de que el poder sindical y político que ha adquirido la fuerza de trabajo para participar en el fruto del progreso técnico es un fenómeno que ha alcanzado intensidad en fases recientes del desarrollo capitalista.

Mientras era débil, o no existía ese poder, se entiende que la presión de los servicios del Estado haya podido ejercerse mediante el impuesto y sin afectar al excedente, a expensas del crecimiento de las remuneraciones de la fuerza de trabajo o aun del nivel que hubieran logrado.

El poder político de los estratos superiores era suficiente para defender la dinámica del excedente. Al contraponerse ahora a este poder el sindical y político de la fuerza de trabajo, ésta consigue resarcirse del menoscabo de sus remuneraciones trasladando sobre el excedente las consecuencias de la carga impositiva.

Ha ocurrido pues un cambio de gran significación vinculado a las mutaciones de la estructura social. Así pues, en el desenvolvimiento del sistema, aquella doble presión, cuando tiende a sobrepasar los aumentos de producti-

vidad, termina por satisfacerse en desmedro del crecimiento del excedente.

El crecimiento del excedente, sin embargo, es condición esencial de la dinámica del sistema para acrecentar continuamente la acumulación y el consumo de los estratos superiores. Si se debilita el crecimiento, surgen consecuencias que comprometen esa dinámica; las empresas reaccionan entonces aumentando los precios para restablecer el crecimiento del excedente. Y el alza de precios trae aparejada a su vez la contrarreacción de la fuerza de trabajo para resarcirse con el aumento de sus remuneraciones. Y así comienza la espiral.

Bien pudiera ser que la inflación moderada que se registró en los Estados Unidos antes de adquirir gran amplitud el déficit del Estado se haya debido a este fenómeno. En verdad, no obedece el mecanismo de acumulación y distribución a ningún principio regulador; ni hay en este mecanismo resortes que lleven a compensar espontáneamente la disminución del ritmo de crecimiento del excedente, ni, por supuesto, su disminución, con el aumento de la acumulación productiva realizada por la misma fuerza de trabajo o por el Estado.

Han de comprenderse ahora las consecuencias de los fenómenos que explicamos en otro lugar:

— por un lado, ha disminuido el ritmo de crecimiento medio de la productividad, debilitando la dinámica del crecimiento, sobre todo —según supongo— por las inversiones consuntivas destinadas a la diversificación de bienes y servicios, así como por las inversiones en la fabricación de armamentos, y las que se realizan para defender el medio ambiente. A todo lo cual ahora se agregan las inversiones para enfrentar la crisis energética, con análogos efectos que las anteriores;

— por otro lado, los aumentos de costos y precios de los bienes y servicios provocados por el encarecimiento de la energía y las medidas defensivas relativas al medio ambiente recaen también, en última instancia, sobre el excedente, dado el poder de la fuerza de trabajo.

El desenlace de estos fenómenos es obviamente la acentuación de la espiral inflacionaria.

6. El déficit fiscal y la inflación

El Estado, por comprensibles razones políticas, ha sido renuente al aumento de los impuestos y ha tenido que recurrir a la expansión monetaria para cubrir el déficit fiscal. Sin embargo, de haberlo hecho, las consecuencias también hubieran sido en gran parte inflacionarias. En efecto, si los impuestos hubiesen recaído en una u otra forma sobre la fuerza de trabajo, ésta hubiera tratado de resarcirse mediante el aumento de sus remuneraciones en desmedro del excedente, como antes se dijo, y ello habría traído consigo el alza de precios. Las empresas a su vez se habrían defendido en la misma forma si los impuestos hubieran gravado directamente al excedente.

Como quiera que fuere, el financiamiento inflacionario del déficit ha provocado el alza de los precios, y con el alza insuficiente de las remuneraciones se ha acentuado de manera considerable la espiral inflacionaria que ya venía desenvolviéndose moderadamente. Y a todo ello se agrega aquel nuevo impulso inflacionario provocado por la crisis energética y la defensa del medio ambiente.

Sin embargo, estas diferentes presiones se han aliviado, porque una parte de la expansión inflacionaria de la demanda debida al déficit fiscal ha podido satisfacerse con el incremento de las importaciones generales, esto es, a expensas del producto bruto del resto del mundo. En las dimensiones de este hecho, agravado con el aumento de las importaciones de petróleo y el considerable recargo de su valor, ha influido considerablemente la distribución regresiva del ingreso que ha acompañado a la inflación. Así, ha crecido intensamente la importación de aquellos bienes hacia los cuales se orienta con preferencia la demanda de los grupos sociales favorecidos por la inflación, sobre todo en desmedro del consumo de los grupos sociales de menor poder redistributivo y defensivo.

Este crecimiento de las importaciones por sobre las exportaciones y otros recursos exteriores, ha sido el factor más importante en el déficit crónico del balance de pagos de los Estados Unidos. Y a ello se agregan las inversiones de las transnacionales en el exterior en la medida

en que no fueron cubiertas con sus propias ganancias externas.

Expresado esto en otros términos, la expansión de los gastos del Estado no se ha cubierto en detrimento del consumo —salvo el consumo de los grupos sociales perjudicados— sino que se ha superpuesto a él y a las inversiones privadas. Y el exceso consiguiente de la demanda con relación al producto interno ha desbordado hacia afuera y se ha satisfecho con parte del producto del resto del mundo, según acaba de anotarse.

7. La propagación internacional de la inflación

La presión inflacionaria interna se ha desviado sobre todo a los centros que, como Alemania Occidental y Japón, han sido favorecidos por el crecimiento inflacionario de la demanda en el centro principal. Estos países suministraron bienes y en su lugar recibieron signos monetarios que sólo en parte se emplearon a su vez en adquirir importaciones en los Estados Unidos. ¿Por qué ha sucedido así? ¿Por qué esos países con superávit no acrecentaron sus compras en aquel país para cubrir su déficit exterior?

Trataré de explicar en forma simple este complejo fenómeno de tanta importancia mundial.

El crecimiento de las exportaciones de los países favorecidos por la expansión inflacionaria de la demanda en los Estados Unidos aumenta los ingresos internos de aquéllos y estimula la demanda de bienes y servicios; y para satisfacer esta demanda creciente las empresas tratan de elevar su producción. Para ello necesitan acrecentar la cuantía de ingresos que pagan a los factores productivos en el curso de la producción en proceso y para eso acuden al crédito bancario. Esto es inevitable en la forma en que funciona el sistema.

Así pues, a la expansión primaria de ingresos provocada por las exportaciones, se agrega esta expansión secundaria de ingresos. Tiende en esta forma a crecer la demanda interna con más celeridad que la oferta de bienes finales, que va naturalmente a la zaga de la producción en marcha. A la presión inflacionaria de origen externo se agrega pues la presión interna.

Es comprensible que, en tales circunstancias, las autoridades monetarias de los países

exportadores resuelvan frenar la expansión crediticia. Se encuentran en realidad frente a un serio dilema: mantener o acelerar, según los casos, el ritmo de crecimiento de la economía dejando subir los precios más allá del límite que se considera apropiado, o moderar aquel ritmo para contener la inflación.

Las consecuencias exteriores de esto último son muy importantes. En efecto, este menor ritmo de crecimiento no permite que las importaciones se acrecienten en la medida necesaria para alcanzar al aumento de las exportaciones o superarlo, utilizando así las reservas monetarias acumuladas.

Esta política monetaria de moderación, si bien no contribuye al equilibrio del balance de pagos de los Estados Unidos, tiende a atenuar la intensidad de la inflación mundial: contiene la inflación en los países con superávit y al mismo tiempo evita que aumente su intensidad en el país responsable de la inflación. Si una expansión desmesurada del crédito de los países exportadores acrecentara sus importaciones, volverían los dólares de sus reservas al país de donde salieron, esto es, a los Estados Unidos, dando así más impulso a la inflación.

La autoridad monetaria de los Estados Unidos se encuentra también ante la necesidad de contener la expansión secundaria de los ingresos, no siéndole posible restringir la expansión primaria originada en el déficit fiscal. Esto último implicaría intervenir en decisiones fundamentales acerca de los gastos del Estado, que sólo el órgano político puede adoptar. Pues bien, cuando el alza inflacionaria de los precios excede cierto límite, la autoridad monetaria emplea sus instrumentos para frenar la expansión secundaria. Plantéase el mismo dilema al que antes nos hemos referido y se opta por reducir el ritmo de crecimiento de la economía.

Como quiera que fuere, el receso de la economía provocado tanto en el centro principal como en los otros centros por la restricción monetaria, significa sacrificar el crecimiento del producto que pudiera haberse logrado en condiciones no inflacionarias. Nos encontramos de este modo frente a una situación paradójica. En el empeño por reducir el crecimiento del consumo privado y social a fin de permitir la realización de grandes gastos del Estado mediante expedientes inflacionarios, el receso de la eco-

nomía termina por provocar esa reducción del ritmo de crecimiento del producto o aun su contracción, lo cual contribuye a su vez a intensificar la incidencia inflacionaria de aquellos gastos.

8. La crisis del capitalismo en el centro principal

A la luz de lo expuesto anteriormente, no restan dudas de que el capitalismo, sobre todo en su centro dinámico principal, está atravesando por una seria crisis. Sostener que el alza de los precios del petróleo ha ocasionado esta crisis es ignorar que ella ya venía desarrollándose. Los trastornos del petróleo la han agravado, y las medidas para preservar el medio ambiente tendrán análogas consecuencias. Conviene, por tanto, resumir nuestras explicaciones, aun a riesgo de alguna repetición.

Las inversiones para desenvolver nuevas fuentes de energía, así como aquellas otras exigidas por el medio ambiente, no obstante su gran significación social, traerán una disminución del ritmo de crecimiento medio de la productividad y del producto global, debilitando el ritmo de crecimiento del excedente.

Por otro lado, los aumentos de los costos y precios de los bienes y servicios, debido al encarecimiento de la energía y la preservación del medio ambiente, tenderán a trasladarse a las empresas en desmedro del excedente. Dada la forma en que funciona el sistema, las empresas tratarán de restablecer la dinámica del excedente mediante el alza de los precios. Pero ello no resuelve el problema.

El problema consiste en mantener, si no aumentar, el ritmo de acumulación mientras disminuye el ritmo de la productividad y el producto global. Y no hay forma de hacerlo sino comprimiendo el ritmo del consumo. Es cierto que importantes innovaciones tecnológicas, como la electrónica, por ejemplo, podrían dar nuevo impulso a la productividad, en el curso del tiempo. Y en la medida en que se consiga frenar el consumo en la espiral inflacionaria, ello será a expensas de una gran inequidad social.

Téngase en cuenta, además, que antes de la crisis energética ya estaba disminuyendo el ritmo de la productividad y mientras ello venta

ocurriendo ha continuado desenvolviéndose, si no aumentando, la presión redistributiva de la fuerza de trabajo.

Así pues, esos dos factores combinados han contribuido a debilitar la dinámica del excedente, aun antes de encarar las medidas exigidas por la biosfera. Y explican, en consecuencia, la tendencia del sistema a la espiral cuando se fortalece el poder sindical y político de la fuerza de trabajo.

Debe reconocerse, sin embargo, que lo que ha dado gran impulso a la espiral inflacionaria en los Estados Unidos ha sido y sigue siendo el déficit fiscal. La tentativa de contenerla restringiendo el crédito de las empresas tiene efectos adversos sobre el ritmo de crecimiento del producto, que acentúan las consecuencias de las inversiones que no contribuyen directamente al aumento de la productividad.

Tal es la crisis de un sistema que, sin embargo, tiene un enorme potencial dinámico; una extraordinaria capacidad tecnológica y un considerable empuje empresarial. Me inclino a creer que la falla más importante está en el mecanismo de acumulación y distribución. Es un mecanismo obsoleto; no responde ya a los cambios internos en la composición del poder ni tampoco a las consecuencias del cambio externo que ha ocurrido cuando al poder hegemónico de los centros se ha contrapuesto, por primera vez, en el desarrollo capitalista, el poder de una parte de la periferia.

9. Reflexiones sobre la crisis

No creo que se haya logrado, aun en la opinión pública del centro principal, como así en los movimientos políticos, una clara conciencia de estos problemas y de los grandes reajustes que se imponen para el funcionamiento del sistema.

Tampoco se ha llegado a un consenso entre los economistas, quienes siguen empeñados, por lo general, en interpretar el desarrollo a través del prisma de una simple teoría económica, y no de una teoría global que abarque los diferentes elementos de la compleja realidad del desarrollo. Más aún, suelen complacerse en proclamar sus diferencias antes que buscar zonas de coincidencia. Compréndese así el desconcierto de Kenneth Galbraith, quien hace

poco tiempo (en una carta al *New York Times* del 7 de mayo de 1979) manifiesta su extrañeza ante cierta resignación fatalista de economistas oficiales de los Estados Unidos frente al agravamiento de la inflación. Y allí se preguntaba "¿Para qué necesitamos economistas en esas circunstancias? No es posible que mis colegas crean que sólo se los necesita para decirnos que las cosas están empeorando y que nada puede hacerse. ¿Es que mis amigos están tan carentes de orgullo profesional que no tienen el sentido de lo que significa fracasar?"

Por lo demás, frente a la perspectiva de agotamiento del petróleo y el deterioro del medio ambiente, compréndese la perplejidad de gran número de economistas para quienes era indiscutible artículo de fe la eficaz utilización de los recursos productivos mediante el libre juego de las leyes del mercado.

Tampoco sorprenderá que la opinión pública no hubiera favorecido desde comienzos de la crisis del petróleo la adopción de medidas eficaces para enfrentarla.⁵ Las importaciones de petróleo de los Estados Unidos subieron en volumen físico en un 31 por ciento entre 1973 y 1978. Sin duda, resulta muy difícil para un país tan poderoso reconocer el surgimiento del poder de los países exportadores de petróleo. Por eso se predijo insistentemente que el así llamado cartel de los productores no podría mantenerse.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, aflora una reflexión sensata. En este sentido, recuerdo a un columnista del *Washington Post*, quien hace algunos meses comparaba la decisión de OPEP de restringir el crecimiento de la producción para apoyar la elevación de los precios con la decisión del gobierno de los Estados Unidos de restringir la producción de granos, para conseguir un objetivo similar en el plano internacional. Sólo que la actitud de los productores de petróleo respondía al propósito largamente madurado de evitar que se siguiera malbaratando un recurso energético agotable. Por lo demás, y a pesar de los bajos precios, las ganancias de las compañías transnacionales fueron muy cuantiosas, por la gran

⁵Escribo estas líneas en momentos en que el Presidente Carter hace un dramático llamado a la opinión pública de su país para enfrentar la crisis energética.

expansión de la producción, y ellas permitieron financiar holgadamente sus inversiones nacionales e internacionales, al margen, en gran parte, del desarrollo de los países productores.

Tampoco faltaron voces esclarecidas en el campo de la OPEP, quienes desde 1973 manifestaron su honda preocupación por la falta de medidas eficaces para contener el incremento de consumo de los grandes centros.

Frente a estos hechos sigue siendo ilusoria la posibilidad de un acuerdo entre la OPEP y los grandes países consumidores, tanto más cuando intervienen factores políticos que complican el problema. La espiral interna se ha propagado de este modo al campo internacional. La inflación de Estados Unidos ya venía degradando los precios reales del petróleo mucho antes de 1973, y la elevación de precios en aquel año impulsó más aún la inflación, de modo que los precios reales del petróleo sufrieron un nuevo deterioro, a la vez que disminuía el valor real de las reservas monetarias en dólares de los países productores. Compréndese, pues, que los países exportadores hayan vuelto a elevar los precios. La espiral internacional está pues estrechamente vinculada a la espiral interna.

Pero la espiral no es una solución ni en el campo internacional ni en el campo interno. Retornemos ahora a este último.

Como antes se dijo, no sería posible eliminar la espiral inflacionaria —cualquiera fuera su origen— sin comprimir el consumo o el ritmo de incremento del consumo. Aparte de los medios técnicos para hacerlo, el problema político que ello plantea es sumamente serio. ¿Cómo incidirá este reajuste sobre los distintos estratos sociales? ¿Cómo afectará la acumulación de capital?

De donde surge una pregunta cuyo significado es de suyo evidente. ¿Serían aceptables para la fuerza de trabajo esas restricciones al consumo mientras los propietarios de los medios productivos sigan acrecentando la acumulación y por consiguiente la concentración de riqueza en sus manos?

¿Se conciben otras formas de acumulación que permitan combinar la equidad con la dinámica del sistema? Como quiera que se imaginen, significarían un cambio muy importante en el mecanismo de acumulación y distribu-

ción, el que sigue profundamente arraigado en la estructura social, a pesar de las grandes mutaciones que ésta ha experimentado. Los obstáculos políticos son formidables; basta recordar aquí que las grandes empresas, especialmente aquellas que tienen una posición clave en la economía, suelen proclamar sin ambages la necesidad de elevar los precios para acrecentar su propia acumulación. Muy lejos se está de cualquier otra idea de acumulación, sea estatal o social. ¿No hemos visto recientemente a las empresas petroleras protestar con violencia contra la iniciativa del Presidente Carter de captar, por vía impositiva, una parte de las ganancias extraordinarias que aquéllas lograron obtener por la elevación de los precios a los consumidores?

Cabe reconocer que hasta ahora se ha ido a la deriva frente a esta crisis del capitalismo; se trata de una crisis muy distinta de aquella gran depresión de los años treinta, pero a mi juicio mucho más seria, por los grandes obstáculos de todo orden que se oponen a una solución.

¿Qué han hecho los grandes centros frente a las severas advertencias del Club de Roma? No cabe duda que no obstante sus fallas y exageraciones, sobre todo en sus primeros tiempos, el Club de Roma presentó un problema real, el que ahora se plantea dramáticamente con la crisis de energía. Le corresponde pues el gran mérito de haber desencadenado una oportunísima controversia.

Pero no es mucho lo que pueda mencionarse como respuesta de los centros. Preocupáronse notoriamente por el aumento extraordinario de la población, sobre todo en los países en desarrollo. ¿Cómo no habrían de hacerlo dadas las consecuencias adversas que ello tendría sobre los recursos naturales agotables y también los renovables? Por cierto que la mayor parte de esos recursos se consume actualmente en los centros. Pero ¿qué sucedería si el desarrollo de la periferia la llevara a participar en forma creciente en el empleo de esos recursos? No digo que la oposición a un planteamiento semejante, inspirado sobre todo en el interés de los centros, pueda explicar la renuencia muy lamentable de gran parte de la periferia, sobre todo de América Latina, a tomar medidas para restringir la natalidad. Hubo otros factores que se opusieron a ello. Estimo, sin embargo, que

los centros no supieron presentar las medidas demográficas dentro del contexto de una amplia política de cooperación internacional; más bien preconizaron esas medidas para evitar esta política. Recuérdese que algún eminente hombre político de Estados Unidos, para eludir tal responsabilidad, no dejó de señalar que un dólar gastado en control de la natalidad equivalía a mil dólares de aporte de recursos financieros internacionales.

Hasta no hace mucho tiempo hubo gran oposición, por lo demás, a que las instituciones de crédito internacional hicieran préstamos a países en desarrollo, a fin de explotar sus propios recursos naturales. ¿Cómo penetrar en el campo reservado por excelencia a las transnacionales?

Alguna vez tuve la esperanza de que llegara a formularse una nueva política cuando el Secretario de Estado Henry Kissinger presentó en la UNCTAD IV, en Nairobi (5 a 31 de mayo de 1976), el esbozo de creación de un banco de recursos naturales. No llegó a concretarse esta iniciativa, presentada a último momento y sin mayor preparación, cuando precisamente se discutía el programa de estabilización de productos básicos. De todos modos, el Dr. Kissinger manifestó posteriormente, en una reunión de hombres de negocios en Nueva York, que su propósito era obtener recursos naturales a bajo precio. Ello sucedía cuando ya había ocurrido la crisis del petróleo, esto es, cuando ya se experimentaban las consecuencias tan adversas de haber malbaratado un recurso natural agotable. Este episodio, tratándose de un hombre de la envergadura del mencionado Kissinger, comprueba una vez más la falta de visión de los grandes centros frente a los serios problemas del desarrollo periférico. Y también, por añadidura, la falta de visión —o si se quiere, de previsión— frente a problemas fundamentales de los mismos centros.

¿Será necesario que se agudice la crisis del capitalismo en estos últimos, con su grave incidencia sobre la periferia, para que surja esa nueva visión y se abra el paso a grandes reajustes en el sistema?

10. *El desarrollo periférico y los problemas de la biosfera*

Los muy serios acontecimientos vinculados a la crisis del petróleo están desvaneciendo en los

centros, especialmente en el centro principal, una pertinaz ilusión; la ilusión de que apoyados en su poder hegemónico, y valiéndose de su superioridad técnica y financiera, podrían continuar explotando indefinidamente y a bajos precios los recursos naturales de la periferia.

Ahora se está viendo claro en todo esto, como decíamos al comienzo de este trabajo. El caso del petróleo es sumamente revelador; su explotación irracional ha privado a los países exportadores de cuantiosos medios financieros que hubieran podido emplear en su propio desarrollo, para emanciparse con el tiempo de un recurso que se agotaría. Pero también ha terminado por perjudicar a los mismos centros, según antes hemos explicado. Las ventajas inmediatas de un recurso energético que durante largo tiempo estuvo malbaratándose ha introducido en el desarrollo capitalista de los centros un fuerte elemento de engaño. Engaño en la orientación de la técnica; engaño en el extraordinario crecimiento de la productividad a expensas de la biosfera.

Todo ello ha agravado lo que ya venía ocurriendo en el desarrollo de los centros. Será muy difícil, pero de ningún modo imposible, superar la crisis y será necesario un período de transición más o menos prolongado para lograrlo; mientras tanto, sus consecuencias serán muy adversas a la periferia.

Con todos los males inherentes, las crisis también suelen tener alguna virtud, la virtud de ofrecer algunas enseñanzas. Quizás éstas contribuyan también a disipar otras ilusiones. La ilusión en la periferia —y me limitaré a la periferia latinoamericana— de que el capitalismo podría desarrollarse a imagen y semejanza de los centros y reproducir allí el modelo de estos últimos. Y, asimismo, la ilusión en los centros de que, bajo el signo de su hegemonía, podrían continuar articulándose cada vez más estrechamente a un desarrollo imitativo basado en una flagrante inequidad social y sujeto a nuevas y pretéritas relaciones de dependencia.

Han creído los centros en el poder expansivo de su capitalismo, en su capacidad para extender a todo el planeta las ventajas de la técnica, pero detrás de ciertas creencias suele haber grandes intereses de visión generalmente inmediata. Este interés inmediato ha llevado a

aquéllos a impulsar a sus transnacionales a penetrar desmesuradamente en la periferia y promover y exaltar allí la sociedad privilegiada de consumo, sembrando con euforia y cosechando con abundancia. Han proclamado las excelencias del "American way of life" ante una periferia ávida de este género de seducciones.

Es verdad, sin embargo, que la sociedad privilegiada de consumo no podría haberse dado sin una estructura social que, al favorecer la inequidad distributiva, imprime al desarrollo un sentido socialmente excluyente y conflictivo. Sorpréndense ahora los centros de estos fenómenos obstinados del capitalismo imitativo de la periferia, en cuyo favor han jugado todas sus cartas y lo han hecho, además, con grandes incongruencias.

Pues bien, al perseguir el designio de desarrollarse a imagen y semejanza de los centros, han surgido en la periferia los mismos problemas que la biosfera está planteando en aquéllos. Como es evidente, la imitación de las formas de consumo de éstos también tenía que traer consigo el empleo irresponsable de recursos naturales, aunque con mucho menor intensidad que en los centros. Asimismo, la creciente concentración urbana presenta fenómenos muy agudos de contaminación comparables a los de los grandes centros.

Esto ha venido a complicar muy seriamente las contradicciones que presentaba de manera cada vez más aguda el capitalismo imitativo; y a ello se agregan ahora las consecuencias adversas de la crisis de los centros. Tratemos ahora de explicarlo.

Ante todo, la incidencia del problema energético y de la preservación del medio ambiente sobre la acumulación de capital. Como ocurre en los centros será necesario modificar su composición; pero si este cambio se realiza sin elevar el ritmo de acumulación, descenderá también en la periferia el ritmo de crecimiento de la productividad y el producto global con muy serias consecuencias económicas y sociales. Y también políticas.

Dicho en otros términos, se tornará indispensable comprimir el consumo para acumular mucho más capital reproductivo. ¿Pero qué consumo habrá que comprimir? ¿Cómo incidirá este proceso sobre los diferentes estratos sociales?

Desde luego que ya había una gran exigencia de acrecentar la acumulación en la periferia; sin ello no podrían integrarse socialmente las grandes masas que quedaron excluidas en forma persistente de las ventajas del desarrollo ni corregir otras fallas del sistema. Ahora bien, como lo vengo sosteniendo en mis escritos, esa integración social es incompatible con el desenvolvimiento de la sociedad privilegiada de consumo y su vinculación con las transnacionales. Es incompatible porque en la imitación del consumo de los centros se malogra una gran parte del potencial de acumulación de capital que el aumento de la productividad ha traído consigo. Y además se malogra debido a la succión de ingresos por parte de los centros, en lo cual las transnacionales participan activamente. (No digo que éstas no sean útiles en ciertos campos; pero debe procederse con gran sentido selectivo y de acuerdo con nuevas reglas de juego.)

No vacilo en anotar de paso que en la periferia latinoamericana no podrá atacarse eficazmente estas cuestiones sin establecer el uso social del excedente. Y esto depende no sólo de cambios fundamentales en la estructura de poder sino que también exige discernir claramente los designios perseguidos y la forma de lograrlos a través de esta transformación del sistema.

Ahora bien, además de agravarse el problema de la acumulación, como acabamos de insinuar, se acentuará también la tendencia al estrangulamiento exterior de la periferia, tendencia que viene de mucho tiempo atrás y a la cual el alza del petróleo le ha dado extraordinaria intensidad.

Bien conocidos son los términos en que se plantea esta última cuestión. Es una tendencia inherente al desarrollo, dadas las grandes diferencias estructurales con los centros; éstos, infortunadamente, nada importante han hecho para que la periferia pueda acrecentar vigorosamente sus exportaciones industriales a ellos, además de las primarias. Más aún, cuando en algunos bienes esas exportaciones alcanzaron un vuelo significativo, no tardaron en sobrevenir diversas restricciones.

Por eso mencioné antes la incongruencia de los centros. Alientan la sociedad privilegiada de consumo, disfrutan de ella y, sin embar-

go, ponen obstáculos exteriores a la expansión de sus exportaciones y al pago de sus remesas financieras.

Ya se están sintiendo las consecuencias de la crisis de los centros sobre la tendencia al estrangulamiento. Hay dos manifestaciones importantes; por un lado, la disminución del ritmo de crecimiento de aquéllos; y por el otro, el deterioro de la relación de precios del intercambio. Detengámonos un momento sobre esto último, pues sobre lo primero huelgan comentarios.

El deterioro se explica tanto por el encarecimiento del precio de las importaciones de petróleo y sus derivados como por el de los bienes importados desde los centros debido a la inflación.

Aquí también influyen aquellas diferencias estructurales que explican la característica diversidad de la demanda de bienes que exporta la periferia con la de los bienes exportados por los centros; en general la de aquéllos tiende a crecer con mayor intensidad que la de éstos. Así, pues, resulta difícil a la periferia trasladar el alza de sus costos de producción como hacen los centros con los bienes que exportan; más aún, si a esto se añade el aumento de costos internos provocado por medidas de defensa del medio ambiente. Compárense, por ejemplo, los bienes de alta elasticidad ingreso de la demanda mundial que exporta Alemania Occidental con la débil elasticidad de las manufacturas que exporta América Latina y se comprenderá mejor la índole de este asunto.

Por lo demás, la incidencia de estos hechos sobre la producción y las exportaciones agrícolas suele ser seria, pues al encarecimiento del petróleo se agrega el de los abonos y plaguicidas de origen petroquímico.

Además, los productos agrícolas merecen un comentario aparte. En el documento de Osvaldo Sunkel que aparece en esta misma Revista se menciona la degradación de los suelos por el cultivo depredatorio y la deforestación; y se anota este fenómeno como corriente en la periferia. La exportación de ciertos productos agrícolas contiene la parte de la riqueza natural que se pierde por el cultivo depredatorio, y sin que esto figure en el costo de producción. Y de esta manera se pagan importaciones destinadas en parte a la sociedad privilegiada de consumo,

según la aguda observación de Sunkel. Es cierto que tarde o temprano se impondrá la necesidad de recuperar la fertilidad perdida con el empleo de aquellos abonos petroquímicos cuyos precios aumentaron y otras medidas. Y aquí encontramos un problema adicional debido a la mencionada debilidad periférica para trasladar internacionalmente sus mayores costos de producción.

Hay aquí además otro aspecto que conviene señalar. Me refiero a la demanda de los productos agrícolas de las zonas templadas, la cual, a través de sus típicas fluctuaciones, ha subido persistentemente, aunque con ritmo inferior a la de los productos manufacturados. Este crecimiento de la demanda ha llevado a sustituir la energía animal por el petróleo, y el abono natural por el abono petroquímico, contribuyendo esto último a aumentar los rendimientos por hectárea. Pues bien, la tendencia de la demanda no ha resultado suficiente para absorber sin caídas de precios el aumento de producción. Y esto ha sido un factor desfavorable para el incremento de la producción, lo que ha tendido a moderar el deterioro relativo de los precios.

En esto los centros han probado una vez más su superior capacidad de ajuste frente a la periferia, pues para detener la caída, y aun mejorar los precios, han restringido la producción o las importaciones de productos agrícolas. En tanto que los países periféricos han tratado de corregir su debilidad mediante acuerdos de productos que generalmente despiertan grandes resistencias en los centros, porque éstos temen que aumenten los precios.

En fin de cuentas, no estamos en presencia de nuevos problemas sino de viejos problemas que se han vuelto muy serios; vienen presentándose desde hace mucho tiempo y los centros han sido renuentes a tomar medidas para ayudar a la periferia a resolverlos. Si lo han sido en los largos años de bonanza que preceden al alza del petróleo, ¿podría esperarse que cambien de actitud mientras se prolongan sus crisis?

En verdad los centros, llevados por sus intereses inmediatos, no han abarcado aun en toda su significación los efectos adversos de la técnica sobre la periferia, además de su contribución al bienestar; pero tampoco podrán escapar a las consecuencias económicas, políticas y estratégicas de esos efectos adversos, ahora mu-

cho más serios. Como expresé recientemente en la UNCTAD V, reunida en Manila: "Los centros no podrán aislarse con un cordón sanitario de los acontecimientos adversos de la periferia. Por primera vez están hablando de interdependencia. Claro está que interdependencia entre desiguales, pero de todos modos la repercusión adversa que ocurra en la periferia por la falta de acción de los centros repercutirá, tarde o temprano, sobre los mismo centros. Tal es la actual complejidad del mundo".

"Nuestros países en desarrollo tendrán también que convencerse de que no hay cordones sanitarios internos que aislen aquellos grupos favorecidos por el desarrollo de los que han quedado rezagados. No los hay, y el sentido más elemental de previsión, que es una manifestación de hombres de Estado esclarecidos, es reconocer esos hechos."